

canto apasionado y misterioso, no el billete y el suspiro, sino la aproximación de los séres, la palabra que anima, el aliento que enloquece, la manifestación, en fin, de todo ese sentimiento que no se explica pero que avasalla y subyuga con la fuerza irresistible de su poder.

Los dos amantes se hallaban tan entregados á su delirio amoroso, que no oyeron el rumor de voces y pasos que se aproximaba hasta la puerta de la habitación. D. Castriz que, por una casualidad, desgraciada para los amantes, había visto la ascension del gentil mancebo, reunió inmediatamente á los criados de mayor confianza, y lleno de furia, como el leon que ve cerca de sí la presa que tanto anhelaba, corrió presuroso á la habitación de su hija, deseando vengar aquel ultraje á su honra que era el timbre maspreciado de toda su nobleza.

Pintar el asombro y el terror que se apoderó de los amantes á la súbita aparición de D. Castriz, sería obra superior á mis fuerzas. El trovador quedó como petrificado y la sangre se heló en sus venas. Estrella apenas exhaló un débil quejido: su voz espiró ahogada en su garganta y cayó desplomada y sin sentido sobre el duro pavimento.

—Miserable! exclamó D. Castriz con toda la cólera que hervía en su pecho: ¿quién es el villano que penetra en mi palacio como un ladrón para robarme la honra por que velo tantos años?

—Perdon! murmuró el mancebo; soy inocente, Estrella también lo es.

—Inocente! dijo D. Castriz con el sarcasmo de la ira que le dominaba.

—Sí, inocente, contestó el trovador. Mi objeto es diferente al que suponeis. Amo á Estrella, pero soy pobre. ¿Puedo evitar los efectos de una pasión que ha nacido fatalmente en nuestro pecho? ¿Es acaso un crimen no tener riquezas para fundar en un puñado de oro la petición de la mano de vuestra hija? Mi amor me daba derecho á todo. Estrella y yo tenemos un mismo sino, y no podemos separarnos mas que con la muerte.

—Pues morirás.

—Señor, os pido justicia, repito que soy inocente.

—Morirás en el mismo sitio que has profanado con tu planta.

—Mirad, señor, replicó el mancebo con ademán suplicante, mirad que mi muerte es un crimen del que Dios no os perdonará: si me matais á mí, sabed que quitais también la vida á vuestra hija.

—Ahorcadle en el momento y suspendedle del balcón, gritó D. Castriz dirigiéndose á sus criados.

Todos se apresuraron á obedecer su voz con el terror retratado en su semblante.

—Pues bien, exclamó el trovador irguiéndose y apostrofando con su mirada al anciano: si no me haceis justicia como os pido, si vuestro corazón no se ablanda ante mis ruegos, moriré resignado. Me negais vuestra justicia yo le esperaré en el cielo.

Momentos después, el trovador pendía ahorcado del mismo balcón por donde había penetrado poco antes lleno de ilusiones y de esperanzas.

V.

Al día siguiente, un inmenso gentío se agrupaba al pie de aquel balcón y contemplaba al mancebo que, lívido y desfigurado, colgaba de una cuerda. Nadie le conocía. Sólo algun habitante del Albaicín recordaba haberle visto al mediar la noche cuando entonaba sus endechas en las orillas del Darro; pero no se atrevía á revelarlo por temor á las inquisitorias de la época. En la margen derecha del río se veía un arpa dorada caída entre el musgo y los arrayanes.

Cuando se descolgó el cadáver para su traslación al cementerio, unos albañiles abrieron el balcón, y arrancando sus puertas levantaron en su lugar un espeso muro, cerrando para siempre un sitio que había sido testigo de una historia de lágrimas y desgracias. En la parte superior del mismo y por orden espresa del señor de aquel palacio, se grabaron sobre la piedra las últimas palabras que había pronunciado el trovador al pedir la justicia que se le negaba sobre la tierra: *Esperándola en el cielo.*

Este letrero que diferentes veces ha causado en mi alma un sentimiento de lástima y de terror, aun se conserva perfectamente y puede leerse sobre el balcón que forma el ángulo izquierdo del palacio, viéndose el mismo muro que había mandado levantar la soberbia de D. Castriz. El palacio, en la época presente se halla convertido en un pequeño asilo de Beneficencia.

Estrella supo el triste fin de su desgraciado amante. Aquella alma noble y apasionada; aquel corazón que había apurado hasta las heces el cáliz de la mas amarga desdicha; aquella tierna doncella que había visto el desengaño cortar de repente con su segur impia la flor de sus ilusiones, la flor de sus esperanzas, prefirió tomar el velo de religiosa en el convento de las Comendadoras á dar su mano al caballero que la había pedido en matrimonio y al que profesaba la mas profunda aversion.

Como las flores que brotan en el jardín del alma se riegan con lágrimas de hiel cuando el infortunio es el único patrimonio del sentimiento, son flores cuyo aroma envenena y mata, embotando la razón y negando á la inteligencia todas sus funciones. Estrella se abismó en sus constantes pensamientos, y algunos meses después, no pu-

